

Las religiosas Carmelitas de Ostrowo habían recibido la orden terminante de salir del territorio prusiano en un plazo brevísimo, que terminó el 10 del corriente.

El abate Roess, cura de Rosheim, sobrino del Obispo de Strasburgo, compareció el 31 de Octubre, ante el tribunal correccional de Saverne, como acusado del grave delito, de haber impreso y repartido algunos opúsculos contra el baile; librándose de la pena que contra él se pedía, merced á la brillante defensa que hizo de sus actos.

En el mismo día, fué condenado á quince días de prisión, el abate Cornelius, vicario de Obernay, por haber hablado contra Lutero en una plática religiosa. El fiscal pretendió, que se le impusiera un mes.

Los bienes del Obispo de Limburgo acaban de venderse en pública subasta, para el pago de las multas impuestas al prelado por transgresion de las leyes religiosas.

Las casas de los canónigos del Cabildo de Posen, han sido registradas minuciosamente por la policía, que esperaba descubrir, de esta suerte, quien es el misterioso personaje,

que administra la diócesis, durante la prision de monseñor Ledochowski. El tribunal de aquel distrito ha decretado, que el Arzobispo sufra, además del tiempo transcurrido en la cárcel, otros dos años y siete meses de prision, frustrando así las ilusiones de los católicos, que esperaban verlo muy pronto en libertad.

En Gnesen, se han hecho tambien pesquisas para averiguar, quién sea el administrador eclesiástico, siendo su resultado, como en Posen, de todo punto infructuoso.

Pero, á pesar de estos hechos, y otros mil semejantes, que demuestran la saña de los perseguidores del Catolicismo en Prusia, los católicos siguen dando ejemplo de fidelidad á las enseñanzas de la Iglesia, y oponiéndose con un valor y una constancia verdaderamente admirables á las tristes famosas leyes de Mayo.

La persecucion no ha dado, hasta ahora, otro fruto, que avivar el fervor de los fieles, cada dia más unidos para la defensa de sus derechos, hollados violentamente por el cesarismo prusiano.

(España Católica.)

MONSEÑOR FÉLIX DUPANLOUP

OBISPO DE ORLEANS.

Félix dies in qua reversus es ad terram patrum tuorum, et sedisti in sede regni eorum.

(I Mac. X. 55.)

La Francia se halla en vísperas de un cataclismo. Esto se ve, ó mejor, esto se siente. El mariscal Mac Mahon, en su Mensaje, se ha expresado como hombre de honor. El ha dicho: «Tengo una consigna; sabré guardarla.» Pero, hay una consigna, que proviene de los hombres; y otra, que procede de Dios; y esta última puede facilmente leerse en todo lo que está sucediendo en Francia, y en todo lo que se prepara.

La consigna de Dios, borra inexorablemente, todo lo que haya escrito la consigna de los hombres del mundo moderno. El gobierno de Francia, desde 1789, se consume en vanos esfuerzos para constituir alguna cosa, que tenga siquiera apariencias de orden—y Dios deja que emanen de este orden constituido, contra él ó fuera de él—sus consecuencias naturales, que producen el desorden permanente.

El mariscal Mac-Mahon se ocupa del sepultado, y Dios responde con las elecciones supletorias de la Asamblea, y con las elecciones municipales.

La turba siniestra, que las instituciones del mundo moderno han creado, alimentado, acrecentado, va va gritando, que el poder le pertenece, que para escalarlo no tiene que recurrir al tumulto de las calles, sino que se apoderará de él por los medios legales. Y para baldon de la inteligencia, que distingue al hombre del bruto, debemos confesar, que esos medios legales pondrán, cuanto antes, en manos de una horda de galeotes, aspirantes ó émeritos, la suerte de la nacion primogénita de la Iglesia.

Luego que un accidente cualquiera, obligue á la Asamblea actual á disolverse, ó la muerte deje vacíos los bancos de ella, las elecciones parciales colocarán al mariscal Mac-Mahon en presencia de una nueva mayoría—sostenida por la mayoría municipal de todas las ciudades—que le obligará á someterse á sus insensatas órdenes, ó, por un acto todavia más insensato, le precisará á entregarle la suprema direccion del Estado. En este caso, sería igualmente peligroso para él, aceptar, ó rehusar esta direccion, pues los hombres del mundo moderno tienen su consigna; y esta consigna es, impeler la Francia hácia esa inexorable é insoluble situacion.

Nadie se aleja impunemente de Dios, que es el camino y la vida: desde que se le evade la espalda, se corre inevitablemente en pos de la muerte. Se va más ó menos aprisa, pero se llega, por fin, á esa fúnebre desnudez. Los Gobiernos, que el mundo moderno ha creado en Francia, se han visto fatalmente arrastrados á entregar al pueblo, uno tras otro, todos los instrumentos de muerte, que la secta anticristiana ha forjado para su obra de devastacion. Ahora, el pueblo está armado completamente; el sufragio universal le abre todos los vomitorios, que conducen al poder: la mayoría, que en virtud de una ley del Eterno, representa por todas partes, la ignorancia y la incapacidad de un pueblo, se encuentra, por una aberracion apenas concebible, en el caso de dar la ley, é imponerla, para aniquilar la prudencia y el talento, que son el patrimonio de la minoría. Vedla ahí á esa mayoría, presa de la

demencia, y llena de furor: todo lo ha destruido ya; y solo le falta, para completar su obra, volver su homicida acero contra su propio seno. Pues bien, ella va repleta, con desafortunados gritos, que cometerá ese último crimen, y que la Francia debe suicidarse.

A este grito siniestro y lúgubre, no hay una conciencia honrada que no se estremezca; y todas esas conciencias comprenden, que responder á este grito: «el poder provisional por siete años», es lo mismo que no dar respuesta alguna. Verdaderamente esto es todo lo que el ilustre mariscal puede y debe contestar; pero esto no sirve para infundir confianza al mundo cristiano; el mundo cristiano, tiene necesidad de la Francia, y la quiere ver ocupando el puesto que la Providencia le ha destinado, para dicha del género humano.

El mundo cristiano se pregunta, temblando, si mañana existirá aún la hija primogénita de la Iglesia, ó si la Francia está destinada á perecer, y á arrastrar consigo todo el edificio social, que la Iglesia ha construido, á costa de su sangre y de sus sudores, en esta vieja Europa, ya tan dispuesta á la barbarie legal. Pero Dios tiene para la hija primogénita de la Iglesia inefables misericordias. *Non fecit taliter omni nationi et iudicia sua non manifestavit.* (Ps. 147).

Entre Enrique V., que representa los principios saludables, en el destierro soportado con tanta nobleza, y el mariscal MacMahon, guardian de la consigna, que defendiendo con lealtad, hay la asamblea de Versalles, que conserva la soberanía. Esta soberanía está repartida, dividida, minorada por el choque de los partidos, por el odio de las facciones: se ve claramente, que el espíritu infernal traía de sembrar la cizaña: Satanás conoce toda la epopeya de gloria que Dios espera aún de la hija primogénita de la Iglesia, y hé ahí porque todos sus esfuerzos tienden á impedir, que ella pueda realizarse.

Sin embargo, en esta Asamblea figura un hombre—y Dios se sirve siempre de un hombre, y no de una Asamblea, para salvar á una nación, y á este hombre, Dios lo saca de donde quiere, y lo coloca en donde quiere, hasta en una Asamblea, cuando ésta puede serle útil para cumplir la misión que ha recibido de lo alto.—Pues bien; este hombre, se llama, FELIX DUPANLOUP.

Se ha dicho, y se repite aún, con harta

frecuencia, que Thiers, en Burdeos, hubiera podido devolver la paz y la gloria á la Francia, llamando á Enrique V. Los que atribuyen tan fácilmente este poder á Thiers, no reflexionan, que para devolver la Francia al derecho divino, y á Dios, es preciso un hombre, que comprenda á Dios, y el derecho divino. M. Thiers no era ese hombre: á imitación de sus predecesores, edificó su pequeño edificio sobre arena, y el viento se lo ha llevado. Thiers no ha podido hacer más, ni podía hacer otra cosa.

Félix Dupanloup, sabe lo que el derecho divino significa, y conoce lo que Dios exige de los hombres capaces de comprender todos los derechos que de él dimanar: Dupanloup no ignora, que cuando Dios elige á un hombre, para convertirlo en instrumento de sus altos designios sobre la tierra, este hombre tendrá que dar exacta cuenta ante su tribunal en los umbrales de la Eternidad.

Si estudiamos con imparcialidad el destino de ese Obispo, no nos será difícil descubrir en él, al punto á que hemos llegado, y en medio de los tumultos, de las luchas y de las agitaciones, á las cuales se le encuentra mezclado, señales inequívocas de una alta y sublime predestinación.

Esta predestinación es, tal vez, desconocida, hasta del mismo que con ella ha sido privilegiado, porque Dios no revela, con frecuencia, el secreto de una gran misión, sino en el momento mismo de cumplirse. Pero esa misión es el resultado de una multitud de hechos, que no pueden escapar á la vista de un atento historiador.

El amor de Dios y de la Iglesia forman el fondo de esta existencia: el amor tan loable de la patria, impele á este Obispo á buscar un terreno seguro, en el cual la Iglesia y la Francia puedan darse el ósculo de paz: aquí está la salvación, y Dupanloup lo conoce. Únicamente es preciso; que la Francia vuelva, desde luego, á Jesucristo.

Este Obispo se consagra á la obra inmensa de conducir á la hija primogénita á su Madre; tarea sublime, á cuya realización le saca del infierno opone el supremo esfuerzo de sus resistencias.

¿Que hombre no se halla expuesto á flaquear en empresa tan colosa? Solo al cristiano le es dado levantarse con doble vigor, que ántes de su caída, para proseguir su camino.

Si á este Obispo le vemos comenzar de nuevo, á cada instante, sus tareas, redoblar sus esfuerzos, volver con más ahínco á sus estudios, es, que no ha encontrado aún la solución que buscaba; si su actividad es febril, es que siente la importancia del objeto, y se halla animado de un vivo deseo de alcanzarlo; es que tiene en su corazón el presentimiento, que Dios acudirá en su auxilio, y coadyuvará á su cumplimiento.

Si monseñor Dupanloup, rehusó su voto á la proclamación de la monarquía, fué porque, en su concepto, quedaba todavía algo por hacer. En presencia de un soldado cristiano, permitido le era preguntarse, si ese soldado cristiano, que la Providencia ponía á disposición de la Francia, estaba destinado á preparar el camino que debía conducir al principal objeto. No somos, es verdad, del mismo parecer, y dejamos manifestadas, en su tiempo, las razones, que nos hacían discurrir de él; pero si hay ocasiones en que conviene hablar, hay otras en que la prudencia aconseja callar. Después de la deliberación de la Asamblea, guardamos silencio, presintiendo, que donde los argumentos para demostrar la verdad se hacían ineficaces, la mano de Dios se mostraría, y reivindicaría, con sus castigos, todos sus derechos.

El ensayo se ha realizado; ¿quién no conoce ya sus resultados? Todos los recursos de habilidad política, háense agotado: el colmo de la prudencia humana, ha calificado de gran imprudencia, el abandonarse á Dios, votar por Dios, y por quien se presenta en nombre de Dios.

El ilustre Obispo, que con el mayor celo ha promovido la causa de la beatificación de la Doncella de Orleans, á una inteligencia muy vasta para comprender todas las enseñanzas, que resultan de los hechos heroicos, que tiene á la vista; reúne un corazón grande para renovarlos. Por su Rey, la pacífica hija de los campos, olvidando su sexo, su edad y condición, se presentó en los campos de batalla, haciendo resonar en ellos los dulces y sagrados nombres de Dios y Patria. Monseñor Dupanloup ha venido á recordar á un siglo, que lo ha olvidado, lo que pueden en un alma cristiana esos dos nombres sagrados: ha venido á recordarnos, que el derecho sobrevive á los trastornos; y que Dios vela por su triunfo. Enrique V está revestido de los mismos títulos que Carlos VII—con

su aureola, además, de la desgracia sobrevenida con dignidad. En lo alto del cielo, esta heroína intercede para que al hombre, que le ha tributado un culto tan tierno, pueda llenar la misma misión de libertar á su pueblo, y dejar su nombre, al lado del suyo, á fin de que la historia les prodigue á entrambos las mismas bendiciones.

Dios hace surgir el libertador de una nación, precisamente de donde menos se esperaba, para que se conozca, que él es quien lo envía. Los lazos, que puedan unir á monseñor Dupanloup á tal ó cual partido, se romperán, porque en una alma sincera, nada resiste á la evidencia de la verdad, á las exigencias de la patria, al llamamiento de Dios. Cuando la hora de la libertad del pueblo judío hubo sonado, la voz del Eterno arrancó á Moisés de la corte misma del rey perseguidor; y ciertamente, Moisés debía mucho más á la hija de Faraon, que le había salvado la vida, de lo que el ilustre representante de Loreit debe á cualquiera de los mil partidos parlamentarios en que está dividida la Asamblea de Versalles.

El acaso, divinidad de las supersticiones paganas, no existe para el cristiano: no fue, pues, el acaso, quien sacó á monseñor Dupanloup de su catedral, para colocarle en la Asamblea de Versalles, en el momento supremo, en que la cuestión de vida ó muerte para la Francia, debía resolverse. La misma Providencia, que le ha abierto el camino para llegar hasta el salón de los legisladores, pone en sus manos la suerte de la hija primogénita de la Iglesia. A él toca ahora resolver.

En efecto, la mayoría conservadora, que existe aún hoy día, y que será destruida, quizás mañana, no espera sino un llamamiento para unirse. Este llamamiento nadie como monseñor Dupanloup puede hacerlo en este momento con tanta eficacia, porque Dios le ha preservado de la inculpación tan común de fanatismo, concediendo á su voz el acento, que excita por todas partes el entusiasmo.

La Providencia ha prodigado á ese legislador todos los dones necesarios, para llenar la misión sublime que le ha confiado. La virtud, la elocuencia, el talento, la experiencia, el patriotismo, y la importantísima autoridad del carácter sagrado. Todos esos tesoros de Dios reunidos en un hombre, ¿no indican su predestinación á grandes obras?

que ese hombre marche resueltamente por el camino que el Señor le ha trazado, que levante el estandarte de Juana de Arc y haga resonar el grito: *Dios, Rey y Patria*, y cuanto hay de honrado en Francia y en el mundo entero, le seguirá.

¿Habrá lucha? no se sabe: hé ahí el secreto de Dios: se le debe una explicación por los muchos extravíos de la Francia. Puede eximirse de este tributo, ó hacérselo más soportable, según sea más ó menos generosa la ofrenda voluntaria de la parte más sana de la nación. Pero, sea como fuere, el Cristianismo no debe temer la lucha: lo que debe temer, si, es hallarse de parte de la injusticia. Presto hará un siglo, que la Francia sostiene la guerra civil; y nunca se puede discernir, cuál es el partido que combate por la verdad, por lo justo, por el derecho. Los vencidos de ayer, conviértense, hoy, en vencedores; y vencedores, y vencidos, se cobijan bajo una misma bandera: la del mal. Tiempo es ya, de que la bandera del bien ondee, para que el Cristianismo sepa, al menos, dónde morir, bajo la mirada de Dios.

Nos hallamos en uno de los momentos más solemnes de la historia. El libre arbitrio tiene siempre sus ingenuas dobleces, y puede conducir á los mayores excesos, hasta el suicidio de una nación grande y gloriosa. Pero los hombres no escapan á la vista del Eterno; y están obligados á inscribir su nombre en el gran libro de la Providencia. Pueden inscribirlo, si gustan, en la página de la unión de los centros, y de una centésima constitución provisional para la Francia. La mano del Omnipotente rasga esta página, y la entrega á las llamas, donde ha sido precedida por otras páginas, que llevaban los nombres de Napoleón I, de Luis Felipe, de Cavagnac, de Napoleón III, de Gambetta y de M. Thiers. Pero pueden también consignarlo en otra página, en donde se inscriben los votos de las almas, que piden, que Jesucristo vuelva á entrar en Francia, y que el Rey—consagrado por Jesucristo—suba al trono, al cual tiene derecho.

Esta página Dios la conserva, y sobre los nombres que en ella se encuentran inscritos, fluyen eternas bendiciones.

JUAN ESTÉRAN DE CAMILLE.

Desde que he manifestado, con la franqueza, que constituye la gloria de los cristianos, mis ideas, sobre la última publicación de Mons. Dupanloup, estoy en el banco de los acusados. Mi proceso ha comenzado en Roma, por la carta del conde X..., y prosigue en este momento, en Milán, desde cuya ciudad se me ha enviado una requisitoria en toda regla, invitándome, aunque en términos corteses, á dar cuenta de la conducta del *Journal de Florence*, acerca de las cuestiones políticas y religiosas de que se ha ocupado.

Cedo de buen grado á tal invitación, porque, en el fondo, se trata mucho menos de mi persona, y del diario que yo dirijo, que de la santa causa de la verdad. Ahora bien; cuando se trata de conseguir el triunfo de la verdad, nada le es penoso al cristiano, pues sabe, que arrancar un error, por insignificante que parezca; del alma de uno de nuestros hermanos, tiene su mérito en presencia de Dios.

Ofrezco, pues, en el altar de la verdad el último sacrificio, el de la vanidad, que, con sobrada ligereza, me había inducido á creer, que expresaba mis ideas con bastante claridad. Supuesto que, desde tres años há, se me vé en la trinchera, y, no obstante, caben dudas todavía, de si soy, amigo de la Iglesia, ó uno de sus enemigos, preciso será confesar, que ni siquiera tengo el mérito de darme á comprender, ¡hé aquí desvanecida mi última ilusión! Triste es tener que confesarlo, sobre todo, cuando me lisonjeaba, de que el don de la claridad era el único bien que poseía, el solo título, que me recomendaba á la tolerancia del lector.

La carta de Milán lleva la firma del respetabilísimo abate Albertario, que está al frente de una de las publicaciones católicas más importantes de la Lombardia. La ha traducido fielmente, y en toda su integridad, intercalando en ella algunas observaciones, que me han parecido oportunas, para conducir á mi digno corresponsal y al público, á una apreciación más justa del objeto que prosigue el *Journal de Florence*.

Milán, 9 de Diciembre 1874.

Señor Director:

Muy señor mío: el 6 de los corrientes escribísteis: «Puedo llamar amigo á mi lector, puesto que le amo.» Estas hermosas palabras

me alientan para rogaros, que os sirvais explicar públicamente algunos puntos oscuros, que, en mi concepto, y de muchos otros lectores de vuestro excelente diario, piden alguna aclaración. Yo abrigó la seguridad, de que vos no desdiciáreis contestarme; de la manera que tengais por más conveniente; puesto que la tarea, que os habeis impuesto, de desenmascarar la secta antirristiana, exige, que se indique una senda segura á los que se alejan de los senderos tortuosos de la Masonería.

El excelente *Journal de Florence*, que yo leo con particular atención, ha comentado la *Carta á M. Minghetti por Mons. Dupanloup*, en los mismos términos, que la han comentado la mayor parte de los periódicos católicos italianos y extranjeros; clogiendo, ante todo, la primera parte, declara luego, que no acepta lo que se propone en la segunda, esto es, un *acuerdo diplomático*, entre las potencias que tienen súbditos católicos; acuerdo, que debiendo fundarse sobre los principios que el gobierno italiano invocaba, implicaría la aceptación de los hechos consumados por la revolución italiana. Aun mas. El *Journal de Florence*, después de la publicación del Breve pontificio dirigido á Mons. Dupanloup, repeta y confirmaba su juicio en el número del 18 de Noviembre, diciendo: «*El Papa ha entendido solamente alentar y bendecir al Obispo de Orleans, por las verdades que ha hecho resonar en los oídos de nuestros ministros. Otro tanto ha hecho EL JOURNAL DE FLORENCE.*»

Aquí no puedo menos de interrumpir á mi elocuente contradictor. Yo me limité á repetir los rumores que circulaban en Roma, sin declarar mi opinión acerca de ellos; y demostré, que, aun para lo que se proponen sus autores de semejantes rumores, la conducta del diario nada tenía que echarse en rostro. En efecto, el párrafo empieza por estas palabras: «*Pero, se dirá:*» y luego puse á continuación, entre virgüllas, todas las objeciones que se hacían en cierto grupo de Roma. Mas, no se olvide, que la palabra de mis adversarios no es la mía.

«Como si esta interpretación, exactísima, por otra parte, del Breve del Papa, no fuese todavía suficiente, el *Journal de Florence* ha explicado su idea, sobre la conclusión de la

Carta á M. Minghetti, diciendo que la Iglesia no podía aceptar semejante conclusión.»

Si la explicación era exacta, no es á mí, por cierto, á quien se debe felicitar, puesto que yo no he dado ninguna, limitándome, tan solo, á reproducirla, y á defenderme. Por lo que mira á la conclusión de la Carta, tan poco aceptable era para la Iglesia aquella idea, que el mismo Mons. Dupanloup, se ha dignado escribirme particularmente, diciéndome, que donde se leía *modus vivendi*, debía leerse, *modus restituenti*.

«Esto dió lugar á la tarea de Mons. Dupanloup. Por lo que respecta á la persona del ilustre prelado, el *Journal de Florence*, en el mismo número del 18 de noviembre, expresaba cuál era la conducta que quisiera se adoptase para con los católicos liberales; dando así claramente á entender, que comprendía á Mons. Dupanloup en el número de esos hombres detestables, tan energética y frecuentemente censurados por Pio IX.»

Por todos esos falsos conceptos, que he observado de paso, hemos llegado, por fin, á una acusación grave, y acerca de la cual, es necesario que me detenga un instante. Yo repruebo y condeno todo cuanto la Iglesia reprueba y condena. Yo combatí á los católicos liberales, contra quienes Pio IX ha fulminado sus rayos; mas yo no he dado á entender, que Mons. Dupanloup debiera ser incluido en el número de esos hombres detestables. Ni al Rev. abate Albertario, ni á mi, ha confiado Dios la gravísima responsabilidad de condenar á un Obispo: esto depende de una autoridad muy superior á la de ambos. Cuando un Obispo incurriere en un error tan pernicioso, cual lo es el de los católicos liberales, el Papa sabrá cumplir con su deber, sin que nosotros nos permitamos recordárselo.

El ilustre autor de la *Carta á M. Minghetti*, no solamente no ha sido condenado por Pio IX, sino que ha recibido un Breve, felicitándole, y esta ocasión, precisamente, es la que se elegiría, para clasificar al Obispo de Orleans, entre los rebeldes á la autoridad del Santo Padre? En este punto, me basta apelar á la conciencia de mi respetable fiscal, y rogarle, que reflexione, por un momento, sobre la injusticia—de seguro involuntaria—que comete; pues tamaña injusti-

cia, mucho más que á mi insignificante persona, más que á la elevada de Mons. Dupanloup, va dirigida á otra más augusta, á Pio IX.

La misma autoridad,—aún más—la misma venerable persona, que ha anatomizado á los católicos liberales, ¿habría cumplimentado á un Obispo contaminado de este error? El Obispo, que con tanta elocuencia y evidencia ataca á los enemigos de la Iglesia, personificados en M. Minghetti, ¿sería un católico liberal? Y el humilde *Journal de Florence*, que elogió al Obispo por su celo, y se constituye eco de la voz venerada del Santo Padre, ¿se vería envuelto en la misma acusación—lo cual, por otra parte, sería para él muy lisonjero?

«Así, pues, contra el escrito, y contra la persona de Mons. Dupanloup, iban, á la vez, dirigidas las diversas palabras, que trazaba vuestra pluma grave y católica.»

Esas palabras dicen todo lo contrario de la verdad: siendo el mas profundo respeto por Mons. el Obispo de Orleans, y mi pluma no ha tributado á la *Carta á M. Minghetti* sino los elogios que de justicia se merecen. La veledad es un defecto que no conozco—y muy temerario hubiese sido, de mi parte,—lastimar, á la vez, la persona y el escrito de Mons. Dupanloup.

«Pero, después, he leído en el número del 26 de noviembre del *Journal de Florence*, una carta de Mons. Dupanloup, que empieza en estos términos: «*Os habeis dignado publicar sobre mi CARTA á M. MINGHETTI, algunos artículos, por lo cual no puedo menos de quedaros sumamente agradecido.*»

«El *Journal de Florence* nada ha explicado en punto á ese agradecimiento, explicación, que hubiese sido oportunísima, ya que el prelado francés, á su testimonio de gratitud para con vos, mezclaba palabras de censura para otros diarios italianos excelentes, que habían hablado de él y de su carta en términos idénticos á los del *Journal de Florence.*»

Confieso, que fué un rasgo de bondad de parte de Mons. el Obispo de Orleans, el dignarse darne gracias por un acto de estricta justicia de mi parte; y la única reserva que me permití hacer *in petto*, al insertar su car-

ta, fué la de decirme, que yo no merecía, bajo ningún concepto, esa prueba de exquisita benevolencia. Si todos los «excelentes diarios italianos han hablado como el *Journal de Florence*,» según lo afirma el digno abate Albertario, las acciones de gracias del elocuente prelado van dirigidas á ellos lo mismo que á mí: hacer alguna excepción, hubiera parecido ofensiva á mis colegas; y la menor sospecha de correr semejante riesgo, me hubiese sido más que suficiente para abstenerme de insertarla.

«He observado el cambio verificado, desde la publicación de ese escrito, en vuestro excelente periódico. En el número, que hoy mismo he recibido, número, que he leído y comentado entre algunos de mis amigos, y que lo son también vuestros (el 8 de diciembre), prodiga, en uno de sus artículos, los mayores elogios al prelado de Orleans, hasta el punto, de proclamarle *enviado del cielo* para salvar la Francia.»

El cambio que mi muy respetable fiscal me revela, me ha dejado, en verdad, asombrado; si realmente existiese este cambio, yo mismo no sabría explicármelo; pero me inspiran tal confianza su recto juicio, y sus sentimientos cristianos, que, no me cabe la menor duda, reconocerá su error acerca de este asunto. Nunca he imaginado siquiera, que Mons. Dupanloup dejara de ser útil á la Iglesia, aun interviniendo en los negocios políticos de su país; y no habiéndolo siquiera imaginado, es imposible que yo lo haya escrito.

Si yo le he proclamado: «*enviado del cielo*, para salvar la Francia,» he manifestado extensamente las razones de esta apreciación, señalando el papel que él podría representar en este momento, en medio de las divisiones tan deplorables de la Asamblea de Versalles. Se puede aprobar, ó dejar de aprobar, la idea que yo he formado de ese papel importante y tan digno de un Obispo; empero, no acierto á ver, que mi artículo del 18 de noviembre contradiga lo más mínimo el artículo del 8 de diciembre, y que marque un cambio en el programa del diario que dirijo.

«Luego, ¿no pertenece Mons. Dupanloup al Catolicismo liberal, como lo escribisteis en vuestro número del 18 de noviembre?

Luego, ¿no es el quien hace proposiciones, que la Iglesia no puede aceptar? Luego, ¿tampoco serán suyos los escritos á los cuales el Santo Padre no puede tributar elogios limitados? Ahí teneis, pues, formuladas mis dudas.»

«A pesar de todos mis deseos, de no dejar de contestar á esas cuestiones, no acierto á descubrir, qué relacion puede haber, entre ellas, y el papel político, que la Providencia haya asignado, en mi concepto, al eminente diputado de Loiret; cómo tampoco puedo encontrar, no solamente en el número designado, sino en toda la colección del *Journal de Florence*, una sola palabra, que infunda, de cerca, ó de lejos, al Rdo. Obispo de Orleans, la horrible mancha de catolicismo liberal.»

«Permitidme, señor, que dé un paso más en las observaciones, que someto amistosamente á vuestra benevolencia:

«El *Journal de Florence*, me ha acostumbrado á mí, lo mismo que á otros de sus lectores, á considerar á Enrique V como rey de Francia, como el único hombre que puede salvar la Francia. Cuántas veces los partidos adversarios, sin exceptuar el partido del centro derecho de la Asamblea, al cual pertenece Mons. Dupanloup, han puesto una traba al advenimiento del rey de Francia, el *Journal de Florence* ha denunciado los actos revolucionarios, que retardaban la regeneración de la Francia. Tenia razon: su apreciación de los hechos era exacta.

«Cómo puede, pues, el *Journal de Florence*, justificar en su número del 8 del corriente, los procedimientos del partido al cual pertenece Mons. Dupanloup, y convenir en que, el retardar el advenimiento de Enrique V al trono, pueda ser saludable?

Yo no justifico ningún partido, y, sobre todo, yo no he invitado á Mons. Dupanloup á subir al trono de Francia en lugar de Enrique V. Lo que yo he hecho, ha sido, someterle algunas consideraciones, que pudieran, tal vez, inspirarle la resolución de tomar á pecho la causa de ese mismo príncipe, y acelerar su regreso á Francia. Lejos de convenir, en que el retardar el advenimiento de Enrique V al trono, pueda ser útil y saludable, yo he desarrollado siempre una amplia tesis para demostrar, que la Francia no

puede permanecer siete años en un estado provisional, sin exponerse á perecer.

«Los actos revolucionarios, que retardan la regeneración de la Francia,» yo los he denunciado millares de veces, y así lo reconoce mi venerado adversario. ¿Pues bien! los he denunciado todavía una vez más en mi artículo del 8 de diciembre. *Repétita juvant*, es una máxima excelente para todos, y, sobre todo, para mí, ya que tengo la desgracia de no saber explicarme, según el Rev. abate Albertario me lo ha probado.

Yo no he exhortado al respetable diputado de Loiret á trabajar por el triunfo del centro derecho; antes al contrario, me he atrevido á recordarle, que Juana de Arc, á cuya heroína tributa él un culto noble, patriótico y tierno, no peleó por la union de centros, ni por el triunfo de septenariados, sino por la causa de Carlos VII, causa tan sagrada, como la de Enrique V. Si el Rev. abate Albertario encuentra, que el *Journal de Florence* obedece á un pensamiento prudente, y sabe apreciar con justicia los hechos, defendiendo la causa de la monarquía, estos días pasados; ¿por qué reprocharnos, que la hayamos defendido una vez más en nuestro número del 8 de diciembre?

«¿Cómo, pues, Monseñor Dupanloup, puede ser proclamado el *hombre providencial*, el, que en su segunda *Instrucción pastoral*, acusa á los legitimistas y al rey mismo, aunque sin nombrarlos, como causa de las divisiones políticas que destrazan la Francia?»

A pesar de esa Instrucción pastoral—acerca de la cual no me corresponde el juzgar—tengo bastante fe en la elevada inteligencia y en los patrióticos sentimientos del venerable diputado de Loiret, para designarle, como hombre providencial, llamado á ejercer una acción eficaz en la Asamblea, y á constituir una union sincera, entre todas las fracciones del partido verdaderamente conservador. ¿En qué, pues, he hecho yo, traicion á la causa de la Iglesia, y del órden social cristiano, por esa simple opinion mia? Si el elocuente diputado se adhires á las vivas instancias, que le he dirigido, el reverendo abate Albertario sería, estoy seguro de ello, uno de los primeros en bendecirle.

¿A qué viene, pues, casi maldecirme, por habermas hecho?

«Someto á vuestro buen juicio estos puntos de duda en obsequio de vuestro diario, y os quedaría profundamente reconocido, si pudierais conciliar las contradicciones que os he indicado, y que, lo espero, no son sino aparentes, ó bien otra realidad, que la que les atribuye mi incapacidad personal.

«Me atrevo á llamarme, pues lo soy, entre vuestros lectores, vuestro afectísimo amigo y atento servidor.

DAVID ALBERTARIO, presbítero.

Acepto de buen grado este título de amigo, y lo devuelvo con todo corazón á mi respetado contradictor, que, en vano, se acusa de incapacidad: el orden de toda su hábil requisitoria, contra el *Journal de Florence*, revela en él, por el contrario, una capacidad superior. Y puesto que se presenta adornado de tan bello título en nuestra redacción, me permitirá el tributo los honores debidos, y le diga, en pocas palabras, cual es la costumbre de nuestra familia.

Inquebrantables sobre los principios, y seguros de nuestra doctrina, que es la de la Iglesia, somos indulgentes con las personas. Admitimos, que todos los hombres están sujetos á cometer faltas; pero que es un bello privilegio del cristiano, el poder repararlas. Los anatemas de la Iglesia nos aterrorizan, porque sabemos, que causan la muerte eterna; mas, no nos apresuramos á ponernos en lugar del Papa, y á lanzar rayos por cuenta suya.

Albrigamos la íntima convicción, de que la obra grande de la restauración social, no se verificará sino por los esfuerzos reunidos de todos los hombres honrados: por lo tanto, no nos guarecemos nunca detrás de la barrera de las facciones, que dividen, en los desventurados tiempos que alcanzamos, el mismo cuerpo de los hombres de bien. En tanto, que la separación exista, las instancias, que al frente de uno de los dos bandos se hicieran, con objeto de llamar á todos á la concordia, no obtendrían eco en el otro, y serían, por lo mismo, estériles; parecemos, que lo mejor es, tender la mano á todos los hombres, que la evidencia, siempre más apremiante del peligro, gana cada día en favor de la causa del orden.

Si la escasez de fuerzas no nos permite hacer todo el bien que apetecemos, la pureza de nuestras intenciones bastará para justificarnos á los ojos de Dios, que es lo más esencial. No buscando nunca otra cosa, que el triunfo de la verdad, hemos resuelto el problema de no considerarnos humillados por nuestras derrotas: si alguna vez nos afligen, es tan solo porque son un triunfo para la causa de la mentira; mas nunca nos lastiman personalmente.

Después de haber tratado inútilmente en mi juventud, de complacer á todo el mundo, he venido, por último, á tomar la firme resolución, de no buscar otra cosa que á Dios. Esta resolución, que, al parecer debía aislarme completamente, es la que me ha procurado verdaderas y sólidas amistades: hasta tal punto, que aun el amable abate David Albertario, á quien contemplo delante de mí, investido de las funciones del ministerio público, contra la obra oscura á la cual me he consagrado, no se sorroja de concederme el título de amigo.

Bendigamos, pues, ambos, á la Providencia; trabajemos lo mejor que sepamos en el triunfo espiritual de la Iglesia, cuya máxima es: *Charitas Christi urget nos*: esta caridad nos conducirá al triunfo temporal, reuniendo á todos los hombres honrados para militar bajo una sola bandera.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

MONSEÑOR DUPANLOUP, Y EL JOURNAL DE FLORENCE.

En el *Osservatore Romano* del 15 de diciembre se lee lo siguiente:

«Doloroso espectáculo nos presenta el *Journal de Florence*, diario sumamente grave, discreto y sensato, al verse precisado, uno y otro día, á llenar algunas de sus páginas, que, por cierto, no son pequeñas, para justificar ciertas apreciaciones suyas, erróneamente interpretadas, sobre la *Carta á M. Minghetti*, escrita por Mons. Dupanloup, y á tener, además, que dar cuenta de su modo de pensar acerca del eminente Prelado.

«M. Juan Esteban de Camille, director del *Journal de Florence*, rechaza victoriosamente todos los ataques que se le dirigen, y, en su defensa, fácilmente se descubre la verdadera ciencia de un católico. Se le acusará, tal vez, de pobre de espíritu, que, aun cuando fuese verdadera, sería mil veces preferible al extremo contrario. El párrafo siguiente, que tomamos del bellissimo artículo, que nos ocupa, desarrolla y resume una doctrina, que también es la nuestra. Hélo aquí.

«No es ni al Rev. abate Albertario, ni á mí, á quienes Dios ha confiado la gravísima responsabilidad de condenar á un Obispo: es propia de una autoridad muy superior á la nuestra. Si un Obispo incurriere en un error tan pernicioso, cual lo es el de los católicos liberales, el Papa sabrá cumplir con su deber, sin que haya necesidad alguna de que nosotros nos permitamos recordárselo.

«Nos creemos obligados á felicitar públicamente al autor, no solo por las líneas «transcritas, sino también por la urbanidad y exquisita amabilidad de formas, que brillan en todo ese escrito. Es un verdadero modelo y ejemplar de polémica cristiana, que deseamos sinceramente no sea perdidó.»

Esta nueva bendición, que ha descendido sobre mi cabeza, desde lo alto del Vaticano, por el órgano del *Osservatore Romano*, su fiel intérprete, ha descendido también sobre mi nuevo amigo, el respetabilísimo abate Albertario, en cuya carta admiramos el espíritu de cortesía y de caridad. Regocijémonos, pues, todos los operarios de la buena nueva; regocijémonos todos juntamente por el bello privilegio que Dios nos ha concedido, llamándonos á cada uno de nosotros, según nuestras respectivas facultades, á la defensa de la santa causa de la Iglesia; porque si los tiempos son turbulentos, y si la secta anticristiana, no perdona ningún medio para someter el mundo á la ley del odio, el Vicario de Jesucristo, siempre de pie en la brecha, vela con la tierna solicitud de su paternal corazón, por la conservación de la ley de amor, que el Redentor Divino nos ha dejado en herencia.

J. E. DE CAMILLE.

Los lectores del *Journal de Florence* licen que resignarse á ignorar lo que contra nosotros se escribe en la prensa católica. Dije ya, en un artículo, titulado: *Declaraciones necesarias*, que yo no aceptaba ningún reto de mis hermanos de armas. He aceptado, si, y aceptaré siempre con gratitud sus consejos, aprovechándome de ellos del mejor modo que yo sepa: la única polémica que yo me permito con los hombres, que combaten á mi lado, defendiendo la Iglesia, es la de rogar á Dios, que les ilumine, si, á mi parecer, se desvían de la verdad; mas, este género de polémica es ajeno á la redacción del diario.

Pero los ataques de que inopinadamente soy el objeto, exigen alguna explicación acerca de nuestro programa, no para los suscritores, que, de antiguo, nos favorecen, leyendo nuestros números, sino para la masa flotante de los lectores de casualidad, que adquieren los números en la calle.

El catolicismo liberal es la quinta esencia de la malicia infernal, la obra maestra de la secta anticristiana. Forman parte de ella, ambiciosos de los honores del mundo, hombres políticos, ávidos de poder, que, sin embargo, merced á algún residuo de creencias, que la secta no ha podido desarraigir de su corazón, vacilan en abandonar á la Iglesia, en combatirla abiertamente, en exponerse á sus rayos, á verse condenados á muerte eterna.

Para esos desgraciados, demasiado adheridos á los bienes de este mundo, la secta anticristiana inventó el catolicismo liberal, pequeño oasis en medio del desierto revolucionario, que ella trata de hacer cómodo por todo género de atractivos, y en el cual se abandonan á la ilusión insensata, de que, al mismo tiempo, que podrán soñar en su fútil gloria terrenal, en sus ambiciones personales, en sus posiciones magníficamente retribuidas, no desmerecerán ni perderán nada de su título de cristiano, ni de las promesas relativas á la vida eterna, que Jesucristo trajo para todos los que obedeciesen su ley y la de la Iglesia.

Después de haber consagrado una gran parte de su vida al estudio de la secta anticristiana, aproveché la ocasión, que se me ofreció, de ponerme al frente de un diario, con la idea de desenmascarar el trabajo secreto de la secta, y de perseguirla, sobre todo, en la aquiescencia, que había conse-

guido establecer: el catolicismo liberal. Acerca de este punto, no se vé la menor discusion entre todos los periódicos católicos de Italia. Al lado del Papa, que nos dá el ejemplo, nosotros todos combatimos esta doctrina nefasta, que el Santo Padre ha llamado, con mucha razon: «el más pernicioso de los errores del tiempo moderno.»

El disentiimiento empieza en los medios de combatirlo. Por mi parte, abrigó la íntima conviccion, de que, tanto en el catolicismo liberal, como en todas las demas ramificaciones de la secta, una multitud de extraviados, ignorando la obra infernal de destruccion á que cooperan, favoreciendo con ella los designios de Satanás, obedecen á palabras de orden cuya procedencia es desconocida; palabras de orden, que ni discuten siquiera, pero que ejecutan con una fidelidad carneruna. Esta multitud de extraviados ó acinados, destruye sin saber, si obra bien ó mal en destruir, marcha, sin sospechar donde se le conduce: con la ceguedad, que le ha sido impuesta por una autoridad desconocida, cree, que milita bajo la bandera del progreso, cuando, en realidad, prepara el reinado del Anticristo.

Esa multitud desventurada, que corre á la perdicion eterna, conmueve mis entrañas de cristiano. Yo me digo, allí donde los rayos temibles del Vaticano no han producido todo su efecto, merced á las aberraciones revolucionarias, hay algunas almas que ganar; y me ofrezco en buscar sus huellas, y hago lo que puedo para hacerlas volver al bien con el raciocinio. El lugar en que la Iglesia debe, y no puede hacer otra cosa, que herir, me parece el más á propósito para los periódicos católicos; y desde ese lugar, pueden volver á conducir al seno de nuestra santa Madre á los que están todavía en el caso de rendirse, sino á las consideraciones religiosas, á lo ménos, ante la evidencia de la obra de destruccion del orden social, á la cual cooperan.

Si se hará, ó no, mucho en este terreno, lo ignoro; pero, á mi juicio, debía ensayarse; y añadiré, que estoy persuadido, de que mi deber de cristiano me ordenaba acometer tamaña empresa, aun cuando tuviera yo motivos para sospechar, que abortaría completamente. ¿Qué hacen los misioneros, entre los ídólatras? Discuten con ellos para persuadirles, que viven en el error, ya en punto á su salvacion eterna, ya en punto, mucho

ménos importante, de la civilizacion y del orden social. Invasidos, como lo estamos en Europa, por un nuevo paganismo, yo empleo mis débiles fuerzas en persuadir á los ídólatras del materialismo, victimas de la seduccion de la secta anticristiana, la verdad y superioridad de la religion de Jesucristo.

Olvido, por un instante, el mal que ellos han hecho, y que aún están haciendo, para no acordarme sino del bien que pueden hacer; pues encuentro mayor placer en ilustrarlos, que en aplastarlos. No censuro á mis hermanos católicos, cuya opinion, en este punto, difiere de la mia; les pido solamente el permiso de ensayarla yo. La satisfaccion de vencer, no me seduce; mi único gozo consiste, en trabajar por el triunfo de la verdad. La dicha de martirizar á los extraviados, de herirles, de desmeollarlos, de precipitarlos á los abismos del infierno, es, á mis ojos, muy inferior á la dicha infatigable de arrancar una sola alma á Satanás, y volverla á Dios.

Esta máxima de san Francisco de Sales: «Dénseme las almas, y poco me importa todo lo demás», es la que yo he adoptado. La conquista de las almas es mi objeto principal; y, para alcanzarlo, no pido á nadie ni aprobaciones, ni aplausos. Digase enhorabuena, que soy un imbecil, incapaz, un pobre de espíritu; mi contestacion será siempre, que tengo puesta mi confianza en el Juez Supremo, el cual no tomará, así lo espero, tales acusaciones tan por lo serio, como las toman mis acusadores, pues sé, que á los pobres de espíritu se para quienes está reservada la bienaventuranza eterna.

Si se me acusa, de que trato de prohibir toda discusion con un Obispo, se comete conmigo una notoria injusticia. De este derecho de discusion, yo reivindico la iniciativa, puesto que yo no he hecho otra cosa que discutir—pero sin faltar en lo más mínimo al respeto debido á su sagrado carácter—con monseñor el Obispo de Orleans. En esta discusion, no me he desviado, ni una linea, de las enseñanzas de la Iglesia, ni de los ejemplos del Papa; ni tampoco he proclamado ningun principio de catolicismo liberal, porque no admito ninguno, sino que los combato todos. A los que me acriminan de discutir con ese señor Obispo, yo les recuerdo, una vez más, que el derecho de condenar á un Obispo, pertenece exclusivamente á la Iglesia y al Papa.

A mi amado hermano en Jesucristo, que se subleva porque yo no condeno á un Obispo, y de ahí toma pretexto, para enviarme impresos al frente de su diario los calificativos de *cobarde, desmemoriado, conciliador, católico liberal*, no le daré la respuesta profana de M. Guizot: «vuestras injurias no llegarán á la altura de mi desden», frase que no expresaría mis verdaderos sentimientos; los respondo unicamente, con toda la sinceridad de mi alma, que cuanto pueda inventar contra mí, será siempre inferior al profundo sentimiento de humildad cristiana, que Dios se ha dignado concederme.

J. E. DE CAILLÉ.

CARTA

DE

MONSEÑOR DUPANTLOEF, OBISPO DE ORLEANS.

Versalles, 18 de Diciembre 1874.

Señor Director del *Journal de Florence*:

Difícil me fuera expresaros, cual quisiera, todo el reconocimiento de que mi alma, rebosa por vuestras bondades, y cuanto me han entristecido, al mismo tiempo, los sabores, que por vuestras mismas bondades os habeis acarreado. Ambos sentimientos os aseguran en mi corazon un respetuoso afecto, cuya manifestacion, os ruego, tengais á bien aceptar.

Acabo de leer, con una sorpresa igual á la vuestra, las cuestiones, á las cuales os habeis visto obligado á contestar, por la apreciacion que habeis hecho de mi *carta á M. Minghetti*, y á la par, por otro articulo, infinitamente benevolo para conmigo, soy el primero en reconocerlo, que me atribuye una influencia, que de seguro no tengo.

En punto á mi *Carta á M. Minghetti*, creia yo, en verdad, que era asumo ya juzgado. Una solucion «que la Iglesia no puede aceptar» la he rechazado en el discurso de toda mi vida; pero acerca de la solucion, cuya posibilidad he indicado, y cuyas condiciones precisas manifesté en mi *carta á M. France*; el *modus restituendi*, si como vos

lo observais, con mucha razon, las cosas se traláran, bajo las condiciones por mí expresadas, ¿qué católico no debiera felicitarse por ello?

Por lo demás, el *Osservatore Romano*, lo ha observado perfectamente; vos habeis dado á los católicos, en toda esta discusion, un verdadero modelo de polémica leal, cortés y cristiana.

Os lo repito otra vez, caballero; dignaos aceptar las gracias, y mi más viva gratitud, juntamente con mi pesar, por los disgustos que han debido causaros unos ataques, tan inmerecidos, como inesperados; y finalmente, el homenaje de mi profundo y religioso afecto.

† FELIX, obispo de Orleans.

RESPUESTA.

Monseñor:

Vuestra excesiva bondad, ha venido ha realizar un sueño, cuya realidad, no me hubiera atrevido jamás á esperar: ella asegura á mi pobre nombre la inmortalidad de la historia. La historia dirá, en efecto, que en medio de las ocupaciones tan apremiantes de la administracion de una vasta diócesis, de los trabajos tan fatigosos de la Asamblea de Versalles, al día siguiente de una lucha heroica, que habeis sostenido por los derechos de Jesucristo, en la vispera de otro combate, contra los precursores del Anticristo, ávidos de arrancarnos las almas de nuestros hijos; el Obispo de Orleans, ha tenido tiempo para escribir una carta de pésame al más oscuro de los publicistas, por un rasgo de esta solicitud benevola y paternal, de que solo la religion de Jesucristo puede dar el ejemplo.

Tengo la dicha de poder tranquilizar completamente á Vuestra Grandeza, acerca del estado de mi alma: no me siento turbado, ni desalentado, ni desarmado. El hombre, que ha puesto toda su confianza en Jesucristo, y cifrado toda su ambicion en las bendiciones de su Vicario, posee una fortaleza, que ni los demonios, ni los bombas pueden abalar. Los hermanos que me acompañaban en el camino, y que, por un instante, se han apartado de mí, sorprendidos por mi lenguaje, volverán á mi lado, tan luego como se hayan asegurado de la rectitud de mis intenciones. Y dado que no

volvieran, será porque sus intenciones no eran rectas; en cuyo caso, sería una gracia de la Providencia el separarme de ellos.

Yo no trato sino de conocer la voluntad de Dios; para conformarme con ella. Al pie del altar es donde yo pido las gracias necesarias, para llenar mis deberes de defensor de la Iglesia; al pie del altar es donde he adquirido la fuerza, para dirigirme á Vuestra Grandeza, y manifestarle todo lo que ella puede hacer en favor de la causa social; porque, aun cuando pudiera alegarse—lo que es contrario á la verdad—que no conozco el estado de los espíritus en Francia, atendida la distancia de las fronteras que me separan de esa nación, nadie puede privarme del dulce consuelo de rogar por ella, en cualquier punto que me hallare.

Vi pasar á M. Thiers, y no le dirigí la palabra; he visto venir al mariscal MacMahon—tan digno, no obstante, de la simpatía de un cristiano;—mi lengua ha permanecido muda. A vos, Monseñor, he dirigido mi súplica en favor de la Iglesia y de la Francia, porque no he encontrado dignidad, ni nombre más grande, ni otro ardiente patriotismo capaz de comprender, todo lo que Dios le pide en estos momentos de extrema angustia, en favor de la Francia y de la Iglesia.

Vuestra contestación, tan modesta, en nada me ha sorprendido; la modestia es el primer movimiento de una alma noblemente cristiana; pero en seguida viene la reflexión, y el segundo movimiento es siempre prosternarse en presencia de Dios, y estudiar sus designios para cumplirlos. Vos habéis podido reconocer ya, merced á este segundo movimiento, que la influencia de Juana de Arc era muy inferior á la de Vuestra Grandeza. Cuando Dios la llamó á defender á su Rey y á su Patria, no contaba con esta larga serie de señales de predestinación, que yo tengo el honor de proponer á la meditación vuestra. Si por modestia hubiese cerrado su oído al llamamiento de Dios, vos no tendríais la gloria, Monseñor, de pretender para ella los honores del altar; estaría, tal vez, sumida en los horrores del infierno; porque si Dios respecta con cuidado escrupuloso el libre arbitrio en el tiempo, y abunda en misericordias, mientras nos hallamos en este lugar de destierro, también es Juez severo en el umbral de la Eternidad. ¡Ay del hombre, que abusando de la libertad,

haya frustrado los designios que la Providencia formara sobre él, y desperdiciado los dones que ella le prodigara, para que pudiera cumplirlos!

Monseñor, dignaos echar una mirada en los asientos de esa Asamblea de Versalles, en la cual ocupais un lugar tan distinguido; es la primera reunion parlamentaria, en la que un Obispo puede tomar asiento, sin sonrojarse; la mayoría se compone de católicos, y de hombres honrados. Pero, por un fenómeno, apenas comprensible, todos los que son fieles á Jesucristo, no lo son al Rey, que se presenta en nombre de Jesucristo. Titubean, discuten, y no se entienden. Tienen, empero, una excusa delante de los hombres, y lo que es más, delante de Dios; pues se dicen: entre nosotros se sienta un gran Obispo, que también titubea; á él, mas que á nosotros, le correspondía decidir, si una conciencia cristiana puede negar su voto al restablecimiento de la monarquía cristiana. Los hombres honrados militan á esos católicos, y he aquí surgir una infinidad de partidos, allí donde, para la salvación social, no debiera haber sino una sola.

Yo interpreto el sentido de vuestra carta, Monseñor; vos queréis decirme, que ningun hombre puede arrogarse el derecho de salvar la Francia, y, en algun modo, estáis en lo cierto; mas, la salvación se encuentra en el cumplimiento del deber de cada uno: el de la Asamblea, es llamar al Rey, y el del Rey, es acudir á este llamamiento: cumplidos ambos deberes, resulta un tercer deber—si así me es lícito expresarme—el deber de la Providencia, de apoyar á la Asamblea, al Rey, á las personas honradas, al orden cristiano, y colocar la Francia en el lugar glorioso que le ha sido señalado. Cuando todo el mundo haya cumplido con su deber, ¡oh! no lo dudéis, Dios cumplirá con el suyo.

Todos los partidos creen, ó á lo menos protestan creer, que llenan sus deberes; pero el deber, que atraerá las bendiciones de Dios sobre la Francia, no es más que uno: llamar al Rey, y llamarle sin condicion alguna; no lo dudéis: la mejor condicion que se le impusiera, sería una condicion de muerte, para la monarquía; porque aceptándola, aminoraría el derecho que ha recibido de Dios; y Dios, que hace las obras perfectas, sin pedir ningun consejo á los hombres, no querría una monarquía transformada por los

hombres. Enrique V, aceptando una condicion cualquiera, se encontraría, de hecho, en situacion de haber abdicado.

¡Oh! apenas se ha fijado nadie en un fenómeno, muy digno, no obstante, de llamar poderosamente la atencion del cristiano, y es, que en medio de tantas ruinas, la Francia ha conservado, y hasta, en cierto sentido, conquistado, una nueva gloria; gloria, que le asegura la preciosa prenda de las futuras misericordias: la gloria de su gran Episcopado. Si es raro ver en una misma época, y en una sola nación, un considerable número de ilustres varones, que brillan por su santidad y por su ciencia; lo es todavía mucho más, ver á todos esos venerables varones estrechamente unidos á la Santa Sede, tiernamente adictos á la causa del Papa, sin que se note la menor divergencia sobre una multitud de cuestiones libres: los pastores de Francia y el Pastor Supremo, no tienen sino una sola alma.

Este Episcopado es una fuerza positiva, lo mismo para la Francia, que para la Iglesia; y esa fuerza moral sois vos quien la representais, Monseñor, en la Asamblea de Versalles; representacion noble, digna y elevada, pero que, como todos los demas honores, que la Providencia otorga á un cristiano, impone el peso de graves deberes y una formidable responsabilidad.

Esta fuerza—la única que queda al mundo cristiano,—no puede, en ningun caso, emplearse contra el derecho, que es una emanacion de Dios. A un Obispo no le es permitido, llevar á Fróghsdorff pactos revolucionarios, proponer conciliaciones con los hijos de Belial; no puede hablar á Enrique V de exigencias del mundo moderno, engendrado por Satanás: su palabra ha de levantarse en todo lugar, y en todo tiempo, para la conservacion y defensa del mundo eterno creado por Jesucristo, y para Jesucristo.

Vuestra Grandeza no puede equivocarse, acerca de los sentimientos que me inspiran el valor de dirigiros la palabra: este valor, casi sobrehumano, si considero lo bajo de mi condicion, y la altura á que la mano de Dios os ha colocado, nace de la conviccion profunda de que poseo la verdad, y de que hablo con un ilustre varon, á quien Dios ha adornado con los dones necesarios para conocer la verdad y facilitado los medios para hacerla triunfar.

No podría yo hablar á otros de los gran-

des deberes que Dios les impone, si empezara por desfalecer en el cumplimiento de los míos, relativamente, tan pequeños; pues no se me oculta la distancia que media entre el decir y el obrar.

Ninguna consideracion humana podrá arrancarme la conviccion profunda de mi impotencia personal; ninguna consideracion humana es capaz de imponerme silencio, desde que la verdad me es conocida, porque la verdad es la fortaleza de Dios; hacerla traicion, violarla u ocultarla, sería hacerme indigno de los auxilios del Eterno, sin los cuales nada puedo, y de la bendiccion, que me atrevo á pedir á Vuestra Grandeza, para mi insignificante persona, y para la obra á la cual me he consagrado.

De Vuestra Grandeza,

Muy humilde, muy sumiso y muy obediente hijo en J.-C.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(Journal de Florence, 8-16-19-23 de Diciembre 1874.)

En el *Imparcial de Finistere*, hallé un artículo de siete columnas, el cual me decidió al instante á publicar una carta, que no estaba destinada á ver la luz publica. Esta carta—única que he recibido de un Obispo, en el trascurso de mi reciente polemica—lleva la firma de un eminente Prelado, que—según las calificaciones del periodismo—se hallaria en un campo opuesto al de monseñor Dupanloup, en donde ocupa un lugar distinguidísimo, merced á sus grandes virtudes, su vasto saber, su celo por la causa de Dios, y su acendrado afecto al Vicario de Jesucristo. Esta carta se halla en un todo conforme á la nota publicada por el *Osservatore Romano*, como podrán convenirse de ello nuestros lectores.

«Os felicito de que continuéis permaneciendo fiel, en medio de todas las luchas, al partido de la justicia tranquila y serena, y de la caridad. Nosotros percemos, por vuestras divisiones en presencia del enemigo, que, guiado por una misma idea, marcha compacto. Hace ya bastante tiempo, que, en Francia, los católicos consumen sus

fuerzas en luchas parciales.—¿Quién, por otra parte, no ve, que si se permite á un periodista, por muy distinguido que sea, citar á su tribunal á los Obispos, abrumarlos con acusaciones, despojándolos de esta suerte de la consideración y de la influencia, que les son absolutamente necesarias para cumplir sus deberes, es autorizarle para juzgar de las causas, que el derecho eclesiástico no concede, ni siquiera á los Concilios provinciales, porque los Papas se las han reservado para sí mismos? ¿Quién no comprende, que eso es someter á los pastores establecidos por el Espíritu Santo, al primer seglar, que sepa escribir, y que, en materias muy controvertibles, y con frecuencia difícilísimas, crea, que tal ó cual Obispo se equivoca, y alienta contra la constitución misma de la Santa Iglesia, la cual establece dos órdenes distintos, el de pastores, y el de fieles? ¿No se, introduciría el desorden en la obra misma del Hijo de Dios, y se extraviaría á los pueblos, apoderándose con audacia de un poder reservado al Vicario de Jesucristo? Ya tendríamos entonces la revolución en la Iglesia.»

Mis excelentes colegas del *Imparcial* comprenderán, al leer esta carta, á que grave peligro se exponen, poniendo en práctica el proyecto que nos anuncian, de manifestar, en otro artículo, los sofismas del *Journal de Florence*, en la cuestión del respeto debido á los Obispos. Evidentemente tratarán de la libertad de condenar; pues la de discutir, hasta con un Obispo, nosotros la hemos sostenido, contra los que querían precisamente impedirnos dirigir la palabra á un Prelado, no condenado por la Iglesia.

En el primer artículo, que publica el *Imparcial* del 20, con este título: *El Journal de Florence y monseñor Dupanloup*, el respetable M. Penel, sostiene y desenvuelve largamente una tesis, que puede resumirse en estos términos: Dios no puede servirse de monseñor Dupanloup para salvar á la Francia. Sin empeñar discusión alguna con nuestros hermanos del *Finistère*, nosotros les advertimos, que se encuentran en oposición con el texto del Espíritu Santo: «*Non enim cogitationes vestras, cogitationes vestras, neque via vestra via mea, dicit Dominus. Quia sicut exaltantur caeli a terra, sic exaltata sunt via mea a viis vestris et cogita-*

tiones mea a cogitationibus vestris.» (Isaías, L. V. 8-9.)

Lo que todos podemos saber—sin estar dotados de espíritu profético—con el solo auxilio de la razón y de la fe, y un estudio atento de la acción providencial, que se manifiesta en la historia, es, que nos hallamos en una hora solemne. El orden social cristiano cruje, se desmorona, y amenaza ruina por todas partes. No hay sino un medio de salvación: que la Asamblea de Versalles restablezca la monarquía cristiana; y para esto, es preciso, que su mayoría, dejando á un lado todas las discusiones, y todas las consideraciones humanas, se una en un solo pensamiento, y vote como un solo hombre para devolver la Francia á Dios.

Todos los que se oponen á esta unión de las almas cristianas—que será, quizá, por mucho tiempo, el último acto de la misericordia divina para con una sociedad ingrata y rebelde,—penetrense bien de lo que hacen: exponen la Francia, la Italia y la España á otro 93, mucho más espantoso que el precedente,—porque Satanás ha sido fecundo en máquinas de destrucción, desde su primer ensayo—y destierran de Europa á la Iglesia, dejándonos, tal vez, sumergidos por largos años en tinieblas, sangre y ruinas.

¡Cristianos! en lugar de perdernos en vanos debates, en los cuales se interesa siempre nuestro amor propio, abracémosnos fraternalmente, y corramos á prosternarnos á los pies de Jesucristo.

J. ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 25 Diciembre 1874.)

LAS LEYES ECLESIASTICAS EN ITALIA.

RESPUESTA DE M. ERDAN.

MONSEÑOR EL OBISPO DE ORLEANS.

En el número 287, del 16 de diciembre, el *Journal de Florence* decía, en su Crónica de Roma:

«No cabe ya la menor duda, de que el opúsculo, contestando á Mons. Dupanloup,

ha sido traducido al francés por M. Erdan, corresponsal del periódico protestante, el *Temps.*»

Esta afirmación, sin embargo, no era del todo exacta. M. Erdan es uno de los principales de la prensa revolucionaria; y, por consiguiente, no podía aceptar la humilde misión de traducir un trabajo ajeno. El opúsculo intitulado: *Las leyes eclesiásticas en Italia*: respuesta á Monseñor el Obispo de Orleans, es obra exclusivamente suya. Indudablemente, se le habrán facilitado para confeccionarlo, notas, documentos, detalles estadísticos, y, tal vez, observaciones y argumentos útiles para la defensa; mas, es evidente, que tiene el mérito de haberlo ordenado todo, y de haber compuesto, en fin, una obra perfectamente suya, en oposición á la *Carta* del ilustre Obispo de Orleans.

Dicha respuesta ha sido juzgada severamente por el *Observatore Romano*:

Este periódico, despues de haber declarado, que la *Carta* de Mons. el Obispo de Orleans, ha aterrado á los nuevos amos de Italia, hipocritas, porque son débiles; y débiles, porque son enemigos de la patria y de Roma, añade:

«.....Confiesa el escritor, que para comprender ciertas cosas, es preciso saber antes lo que es el *Estado*; y nosotros, le decimos francamente, que es preciso ser estúpido, y estar furioso, para querer explicar tales cosas á quien sabe lo que es la *Iglesia*. La Iglesia es no solo una sociedad independiente, sino también soberana; y lo es por derecho divino; y el Estado que no reconoce este principio, está fuera de la Iglesia, y persigue á la Iglesia... El escritor empieza por una excusa, diciendo, que lo que pasa en Italia, ha pasado en otras partes, y no es más que un episodio de la historia general de todo un siglo; excusa inútil, pues que con ella, se afirma una verdad harto cierta, á saber: que hace un siglo, que la Iglesia es el objeto de una persecución terrible, y tiene que sufrir una violación manifiesta de todos sus derechos.»

La indignación del *Observatore* es el eco fiel de la indignación que ha suscitado el corresponsal del *Temps* con su opúsculo; opúsculo en el cual el mismo autor declara, además, que no puede complacer á los espiritus, que, sistemáticamente, quieren man-

tenerse separados de los adelantos de la conciencia moderna (sic).

¡Ah! á tal punto de aberración hemos llegado, que un hombre dotado de una cultura literaria no comun, se atreve á persuadirse, y á decir, que ahora hay dos conciencias, la conciencia moderna, que indudablemente es muy diferente de la conciencia inmortal, que Dios dió á los hombres.

A mi modo de ver, la *Respuesta* de M. Erdan, no puede, no debe ser tomada en serio, puesto que, de esta suerte, el mismo acusa su impotencia para refutar el argumento principal de Mons. Dupanloup. ¿Que importa, que tal ó cual puerta de un convento no haya sido derribada á hachazos, cuando vosotros habeis derribado á cañonazos las puertas de la Ciudad Santa; que tal ó cual propiedad eclesiástica no haya sido vendida, cuando vosotros os habeis apoderado de la propiedad universal; que hayais, ó no, atendido á la subsistencia de los frailes y de las monjas (y ¿que subsistencia, Dios mío!) cuando á la muerte de estas monjas y de estos friles, la tuerce pensión de que os habeis encargado, se extinguirá, dejándoos dueños absolutos de todo el patrimonio de la Iglesia?

¡Ah! de algo debe servir el haber estudiado el modo de cambiar el nombre de las cosas, para ocultar la realidad de ellas, substituyendo á la crudeza de la palabra *expoliación*, la de *liquidación*!

La conciencia de ayer juzga, y la de mañana juzgará de la misma manera, y condenará con el mismo anatema los actos que se permite vuestra conciencia de hoy, llamada moderna.

El argumento principal de la *Carta* á M. Minghetti, permanece en pie: es un argumento que aplasta; así es, que M. Erdan no se atreve á tocarlo siquiera.

Analizando «la sustancia y el carácter general del opúsculo de Mons. el Obispo de Orleans,» M. Erdan deja comprobado, que «el gobierno italiano ha sido acusado de haber fallado á todas las promesas que habia hecho al mundo católico, antes de instalarse en Roma;» ¡y vos creéis, que va á justificar la conducta de ese Gobierno, á negar sus promesas, ó á probar que el derecho nacional las ha anulado!.... Pues, nada de esto. Se entretiene en hablar de las leyes de los cuerpos morales suprimidos y conservados, de los obispos sin *excoquat*, de los seminaristas y de las parroquias, de la con-

version de las *manos muertas*, que, no por ello empobrecerán á los cuerpos morales conservados, la *Propaganda*, entre otros; cree demostrar, que los cuerpos morales conservados, convertidos en rentistas del Estado italiano, no se hallan en situación precaria; y que á los disueltos ó extinguidos se les ha reservado el derecho común de asociación; y luego tiene á bien extenderse en ponderar las ventajas de la conversión que se ha hecho de los bienes monásticos, así como las que redundan en beneficio de las personas y de las cosas; acabando por echar una ojada general sobre la situación del Pontificado, y sobre la conclusión de Mons. el Obispo de Orleans.

Empero, de las promesas del gobierno italiano, de las promesas solemnes que había hecho en la Cámara, y confirmadas á la diplomacia, de respetar el territorio de la Iglesia, de todo esto, ni una palabra siquiera de excusa.

M. Erdan toma su punto de partida desde la ley de garantías, y se guarda muy bien de subir mas arriba. Convento, en que las promesas son embarazosas; pero, en fin, ellas existen, y la Providencia, queriendo marcar la frente de un estigma indeleble á los ministros, que tales promesas hicieron, ha permitido, que esos ministros hayan venido á Roma para violarlas, al mismo tiempo, que para violar los derechos seculares de la cristiandad.

Para deshonrarlos, no hay necesidad de acudir al Diccionario en busca de palabras propias para echarles en rostro lo inicu de su conducta; no; basta repetir las promesas tales como MM. Lanza y Visconti Venosta las pronunciaron, acompañándolas con palabras de menosprecio y de ira contra aquellos que se atreviesen á soñar siquiera, en actos de barbárie contrarios al derecho de gentes.

Por lo tanto, persisto en decir, que la *Respuesta* á Mons. el Obispo de Orleans, no es una respuesta. He visto, si, en ella el esfuerzo de una inteligencia harto elevada para no conocer, que defiende una causa contraria á la verdad, y la debilidad de un alma empeñada en sostener el error.

M. Erdan es escritor correcto; é inspiraría interés si se limitase á escribir futilidades políticas. Ha demostrado su talento con muchos trabajos de arte y de literatura, y sus

convicciones están fotografiadas en el título de un libro, que publicó en 1849: *Breves cartas de un republicano rosado*.

¡Republicano rosado! si, el todo lo ve de color de *rosa*; nuestra época, lo mismo que los acontecimientos, todo es de color de *rosa*.

M. Erdan, sin embargo, nos permitirá le observemos, que «el angusto Recluso voluntario del Vaticano,» como el le llama, ve las cosas de diferente color, y que los Obispos y los fieles solo ven, de color de *rosa* los horizontes lejanos, que anuncian el nuevo día, en que la *conciencia universal* prevalecerá contra la *conciencia moderna*.

E.

(*Journal de Florence*, 24 Diciembre 1874.)

Leemos en la *Liberté* de Paris la fausta noticia, que publicamos á continuación, y por la que felicitamos con toda la sinceridad de nuestra alma, á nuestro querido amigo M. Luis Veulliot:

«Reuníase ayer, en el convento de la Visitation, una numerosa afluencia de notabilidades del clero, de la política y de las letras, con objeto de asistir á la toma de velo de la señorita LUCIA VEULLIOT, hija segunda de nuestro eminente colega, redactor y director del *Univers*.

A esa ceremonia, tan conmovedora, asistieron, además del clero y dignatarios del convento, Mons. Maglia, nuncio del Papa; Mns. Dupanloup, obispo de Orleans; monseñor Langenieux, arzobispo de Reims. M. Pierron, acompañado de su joven esposa, la hija mayor de M. Veulliot, asistían también á la ceremonia, que terminó en medio de la emoción general de tan escogida concurrencia.»

Por muy honrosas y felices que sean para los padres las alianzas de familia, ninguna debe enorgullecer tanto al cristiano, como la alianza con Dios; los esposales tienen lugar en la tierra, y las bodas en el cielo.

¡Dichoso el padre, que abre la puerta de su casa á Jesucristo para concederle la mano de su hija!

J. E. DE C.

(*Journal de Florence* 20 de Diciembre 1874.)

Á MIS COLABORADORES DE ROMA.

Sit vobiscum gratia, misericordia, pax, a Deo Patre et a Christo Jesu, Filio Patri, in veritate et charitate.

(S. Joan. Ep. 11, v. 2.)

Con frecuencia—de viva voz ó por escrito—he tratado de dar á comprender, cual era la linea de conducta, que el *Journal de Florence* debía seguir, bajo mi inmediata dirección; vosotros, aceptándola, mostrasteis con celo, digno del mayor elogio, vuestra conformidad; mas permitidme una ligera observación: hasta aquí, hablemos con sinceridad; ¿habeis realizado, ó al menos, coadyuvado á la realización de la empresa, que há tiempo prosigó? Os quejais, porque suprimo alguna parte de vuestras cartas, y, á mi vez, me quejo, porque ciertas consideraciones me impiden el suprimirlas del todo. Entre vosotros y yo, existe cierta divergencia, de la que se percibe el público; así juzgo oportuno tomar al público mismo por testigo de lo que creo un deber decirlo.

De mi parte, no debéis temer palabra alguna dura; sabéis cuanto os amo, y yo se cuanto vosotros me amais. El *Journal de Florence* espera, con la gracia de Dios, acumular algunos tesoros en el cielo; pero no tiene por objeto amontonar muchos billetes de banco en la tierra. Vuestro concurso no me lo asegura, pues, el amor al lucro, sino vuestra devoción á la causa de la Iglesia y vuestra adhesión á mi persona. Estos lazos, que parecerían pueriles á las gentes del mundo, mantienen estrechamente unidos nuestros corazones cristianos, y forman un todo indestructible.

La verdad y la caridad son dos rayos del mismo sol; el uno ilumina la inteligencia, el

otro inflama el corazón. El hombre no puede vivir sin corazón, como no puede vivir sin cabeza: tal es la ley de su organización física. Regenerado por Jesucristo, y habiendo alcanzado todo el desarrollo meral, al cual estaba predestinado, el hombre no vive sino de verdad y de caridad: apartadle de uno ú de otro de esos dos rayos, y le sumergiréis en las tinieblas de la muerte.

Los recién llegados á Roma—instrumentos de las venganzas de Dios—os llaman *cacciatori*; y vosotros los contestais con otra injuria: *inziurri*. Entre dos campos, que se injurian mutuamente, Jesucristo se encuentra como indeciso para reconocer á los suyos. Vosotros sostenéis alta, es verdad, su noble bandera; pero las armas que manejaís, no son las que él os ha dado; vosotros las habeis tomado de sus enemigos.

Una infracción cualquiera de la ley de la caridad, trae consigo su castigo, que consiste en no ver las cosas bajo el punto de vista cristiano. Enfrente de vosotros no veis ya un enemigo, al cual sea preciso iluminar, sino un enemigo al cual se debe perseguir. Le perseguís, en efecto, le acosais, le cercáis; os hacéis jueces inexorables, no solo de sus palabras y de sus actos, sino hasta de sus pensamientos y de sus intenciones: como si nada bueno pudiera venir de él, ni siquiera los mismos beneficios, que con promesas halagadoras os ofrece. A tal punto habeis llegado, que en lugar de desear, de codiciar, de reunir todos vuestros esfuerzos